

FRANCESC RUESTES, UN SILENCIOSO TRIUNFADOR

FRANCESC MIRALLES

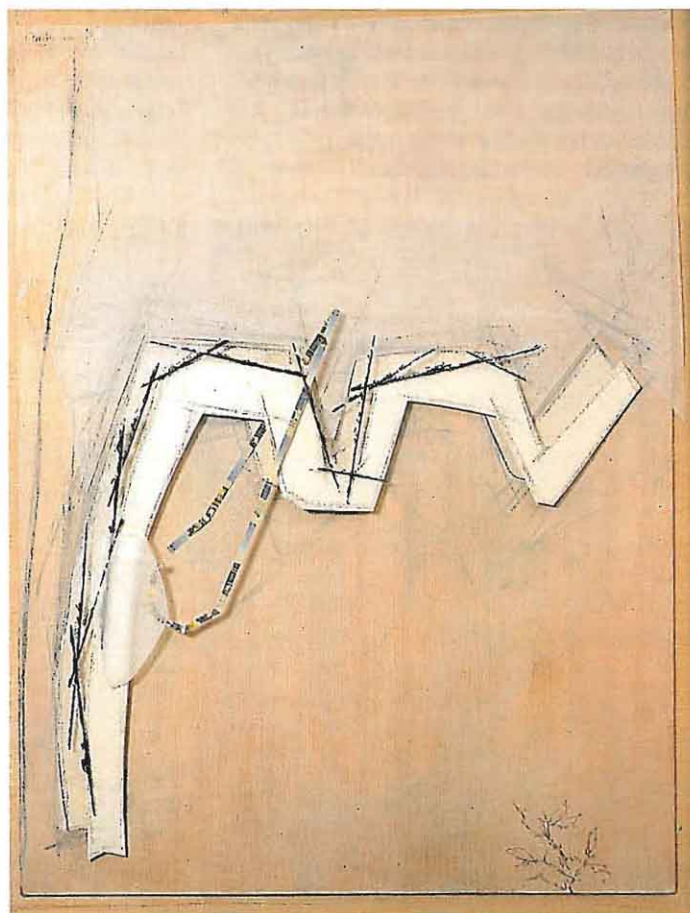
Enfrentarse con Francesc Ruestes es afrontar un caso atípico dentro del mundo de la creación: nada en él es habitual. En esta época en la que incluso un alumno de tercer año de cualquier escuela se declara original, él se empeña en acompañar y trabajar junto a admirados artistas y maestros. Así, cuando apenas cuenta con quince años

llega en auto-stop a Port-Lligat para visitar a Salvador Dalí. El genio inaccesible se convierte en amigo y a lo largo de cinco años le habla, le critica sus trabajos, le explica sus luchas e ideas. Un contacto que se truncó cuando el viejo surrealista quedó atrapado por los fantasmas de su muerte y el círculo de sus cuidadores más inmediatos.

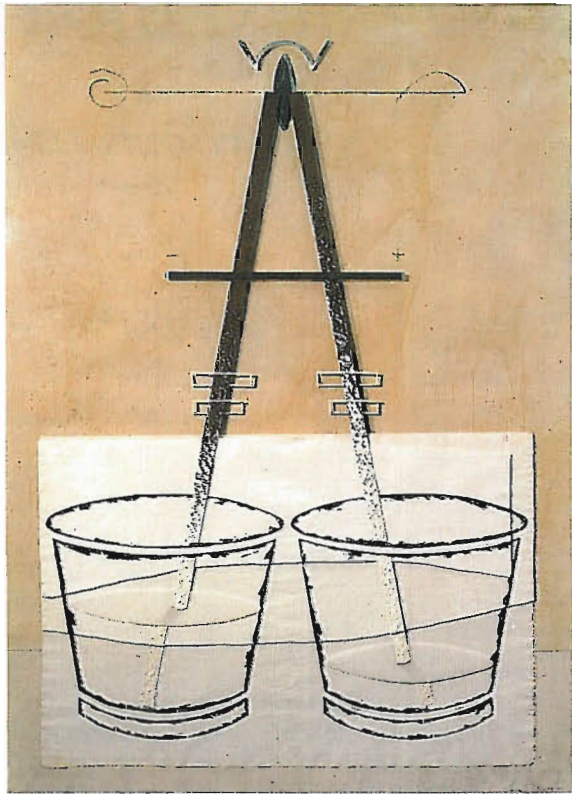
Este fue el primer contacto con el mundo del arte. Poco después llegarían los estudios en Bellas Artes de Barcelona —la ciudad donde naciera en 1959— y con ellos el conocimiento del escultor Josep Granyer y el pintor Narcís Galià, con quienes trabajaría en sus talleres como ayudante. Después conoció a Joan Ponç a quien frecuentó y con quien compartió evasiones



Sediments del paisatge (A) (B) (1988)
Técnica mixta: collage y dibujo (2), 213 x 60 cm



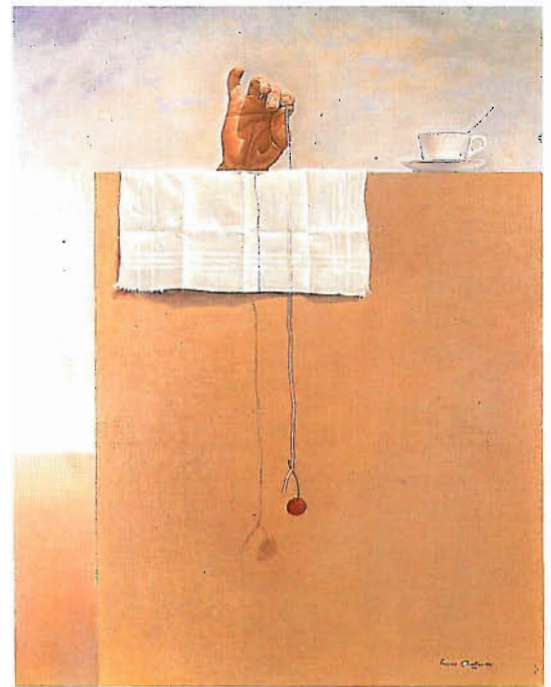
Paisatge termodinàmic (1988)
Técnica mixta: dibujo, pintura y collage, 86 x 66 cm



Electròlisi (1988-89)
Técnica mixta: dibujo, pintura y collage,
115 x 81 cm

poéticas y fosforescencias incandescentes a la vez que le concretó su postura moral como artista. Y también conoció a Joan Brossa con quien se familiarizó con la técnica del collage y con la ácida y disparatada visión del entorno.

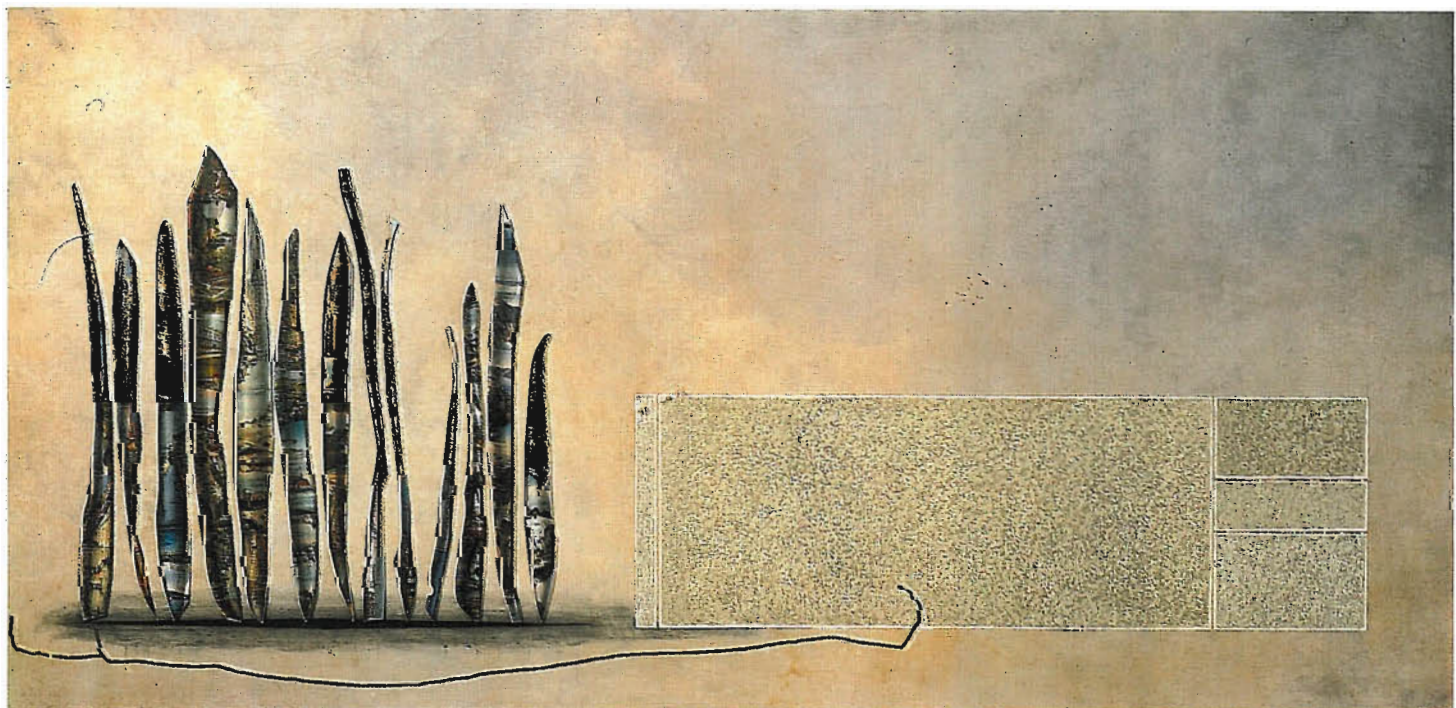
Nada en Ruestes es habitual. En esta época en la que incluso un alumno de tercer año de cualquier escuela cuenta con un amplio currículum de actividad y participación, él se recluye en su estudio y, tras su primera experiencia como expositor en 1986 deja correr cinco largos años sin



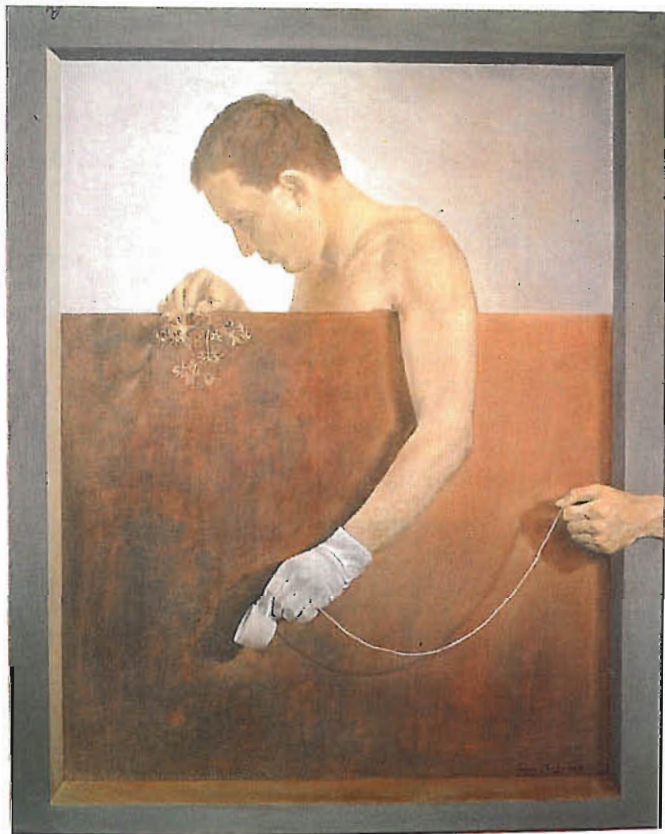
Sedució eròtica (1982)
Oleo/lienzo, 81 x 60 cm

actividad pública: experimenta, prueba, piensa, reflexiona y, siguiendo el consejo de Ponç, trabaja mucho y produce poco.

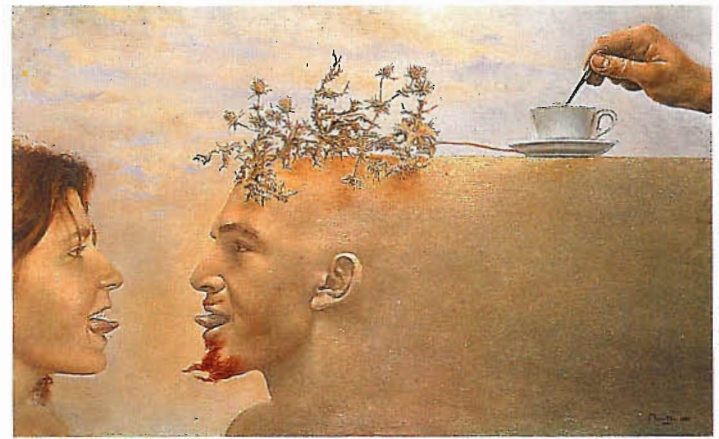
Para romper todavía más con lo más frecuente, cuando Ruestes realiza una exposición –hace tan sólo unos meses en la



Retrobar en la memòria (1991)
Técnica mixta: metacrilato, pintura y collage,
132 x 282 cm



Lligat a la fidelitat (1980-81)
Oleo/lienzo 92 x 73 cm
Primer premi pintura jove Sala Parés (1981)



Deliris (1981)
Oleo/lienzo, 42 x 63 cm

barcelonesa Galería Alejandro Sales—, la que se puede decir su primera exposición, provoca un insólito eco en la prensa, entre los críticos, en todos los medios de comunicación.

¿Qué ocurre, pues, con Ruestes, con la obra de este artista desconocido por nuevo, pero que por sus trabajos se nos aparece como asentado de tiempo ha? Francesc Ruestes ha realizado una radical evolución: en técnica y en planteamientos lingüísticos. Siempre con absoluta perfección formal ha mantenido, no obstante, unos últimos e incisivos valores: la ambivalencia de la imagen, la conceptualización de las formas y el trasfondo individual y personal.

En 1981 gana el premio de pintura joven de la Sala Parés de Barcelona con la obra *Lligat a la fidelitat*, una pieza que formaba trilogía con *Deliris* y *Sedució eròtica*. Son obras paralelas a las que conformarán su exposición en Ceret en 1986 —Ponç le dijo que comenzara en Ceret, lugar de rancio y recio abolengo artístico—, y que pasó de inmediato a Andorra. Son obras que oscilan entre el surrealismo y el hiperrealismo, que están muy lejos de cualquier influjo daliniano, que nada tienen que ver con el hiperrealismo americano. El

realismo es fruto de su indefectible inclinación al perfeccionismo, su enamoramiento de la técnica. El surrealismo es fruto de su convencimiento de que la obra artística debe tener un alto grabado de conceptualización, o sea, que la imagen debe tener un doble sentido. En estas obras ya encontramos el sentido autobiográfico, personal, que acompaña a toda su obra: tanto *Deliris* —que incluye un autorretrato—, como *Sedució eròtica* son un reclamo a la amistad, una llamada a la compañía, un grito contra la reclusión. *Lligat a la fidelitat* está en el origen de este reclamo y esta llamada.

Apenas realizada esta exposición, marchó a Amberes, donde residió un año, becado por el Ministerio de Cultura, reviviendo sus todavía recientes estudios de Bellas Artes. La cercana vitalidad holandesa —que comenzaba a declinar—, y la efervescente actualidad belga —que comenzaba a imponerse—, le sirvieron de revulsivo en lo que al lenguaje se refiere: abandonó la técnica de pintura al óleo para adentrarse en una rígida experimentación formal: la madera y el metracrilato son los elementos base de sus *collages* mixtos, en los que también incluye el óleo. Amberes significó para Ruestes un inicio de etapa en la que perviven los valores adquiridos

anteriormente. Cuando afirma: “Cada obra surge como un flash en mi mente, como una explosión de imágenes...”, no hace sino reconocer que permanece fiel a ciertos aspectos del surrealismo daliniano. Cuando confiesa que: “Decidí huir del desmesurado interés por exponer que manifestaban los pintores de mi generación. Esa prisa llegó a cegar a muchos de ellos, privándoles del placer de experimentar con los materiales a nivel de conocimiento de la materia”, no hace sino evidenciar que sigue resuelto a seguir aquella vía del perfeccionismo novecentista granyeriano. Cuando afirma que: “Cada una de mis obras es una obsesión única y determinada, una página de diarios de mi vida y hasta que no acabo con esa obsesión y me libro de ella, soy incapaz de enfrentarme con otras”, no hace sino confesarse atrapado todavía por los mil demonios que impulsaran a Joan Ponç...

Tiene una cierta apariencia de frialdad, la obra de Francesc Ruestes: pero ello se debe más a su buscada perfección, a su laboriosa y precisa construcción de cada pieza, que a una verdadera frialdad. Porque lo que desde su obra se plantea, los conceptos desde los que reflexiona, son conceptos y pensamientos que van ligados a su intimidad, a su circunstancia, desde la que traspasa a lo metafísico. El amor lo lleva a la frustración y al desengaño, a la muerte; la memoria le ata al tiempo. Nada más apasionante que la divagación sobre estos conceptos a partir de la experiencia personal. Por eso sus imágenes tienen una ambivalente lectura, que queda, en parte, no explicitada. Y ahí entre la sugestión, la sugerencia. Aparente frialdad de los materiales contrapuestos a una total calidez en los conceptos. Conceptos que nos perfilan a un Francesc Ruestes emotivo, casi sentimental. ■

Francesc Miralles. Historiador del Arte